

Capítulo 1

Caprile, Josefina

Mi loro Pericles / Josefina Caprile; ilustrado por Jorge M. Pérez Perri. - 1a ed. -

San Isidro: Dal Editora, 2015.

100 p.: il.; 15 x 21 cm.

ISBN 978-987-20455-8-6

1. Cuentos. I. Pérez Perri, Jorge M., ilus. II. Título.

CDD A863

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

Impreso en la Argentina

© Josefina Caprile

e-mail: daleditora@hotmail.com

www.editorialdal.com

Ilustraciones: Jorge M. Pérez Perri

e-mail: jorgemperry@gmail.com

Diseño y maquetación: María del Pilar Gordon

e-mail: pilargordon49@gmail.com

San Isidro - Febrero 2016

Todo empezó el día de mi cumpleaños.

Yo cumplo el veintidós de febrero. ¡Qué fecha! Porque, claro, siempre es lindo cumplir años. Tengo regalo y torta. ¡Pero justo en febrero! En febrero, en mi país, Argentina no vamos a la escuela, tenemos vacaciones. Algunos amigos viajan a visitar a los parientes o van a la colonia. Otros quizás, hicieron un paseo. Y ahí queda mi cumple, un poco perdido en el almanaque.

Esto es lo que yo expliqué a mi papá el veintiuno de febrero del año pasado. Es decir, un día antes de mi cumpleaños. Y se nota que me escuchó.

Al día siguiente, en cuanto me desperté, abrí un ojo, después el otro y ahí nomás, rodeando mi cama me topé con papá, mamá y mis hermanas con cara de feliz cumpleaños. Como no podía ser de otra manera, los cuatro me cantaron: “*Que los cumplas feliz*”.

—Hola, gracias —balbuceé medio dormido.

Fue en ese momento que escuché un sonido fabuloso:

Prrrrrr prrr.

El sonido me recordó a la selva misionera, donde vive mi tío Carlos.

–Prrr –volví a escuchar.

Mi familia sonreía.

–¿Ese ruido? –pregunté sorprendido.

En ese momento papá, que tenía las manos para atrás, como escondiendo algo en la espalda, las puso para adelante y un loro verde, verdísimo desplegó sus alas y empezó a volar por todo mi dormitorio.

Me quedé con la boca abierta. Siempre me habían gustados los pájaros. Me había encandilado en Misiones, en el jardín del tío Carlos repleto de cotorras, chajás, chimangos y torcacitas.

Siempre había soñado con llevarlos a todos a mi casa. Pero ni siquiera había pedido permiso para traer uno, ni uno solito, adivinando la rotunda respuesta de mamá: “No quiero animales en casa”.

Por eso, aquella mañana me pellizqué para no confundirme con un sueño. Y no, no estaba soñando. En mis propias narices un loro movía sus alas brillantes revoloteando por mi cuarto.

–¡Muchas gracias! –grité explotando de alegría–. ¿Lo podemos tener en casa? –pregunté.

–Es tuyo Felipe –respondió papá.

–Lo podrás tener en el patio –aclaró mamá enseguida.

–Y yo quiero darle la comida –se ofreció mi hermana Camila.

–Sí, sí, requete sí –afirmé a los saltos.

Aquel día todo me pareció excelente, hasta compartir un poquito mi regalo con Camila.

En eso, el loro se quedó quieto en un estante de la



biblioteca. Me pareció el mejor momento para ir arrimándome de a poco. Cuando estuve más cerca, extendí lentamente mis brazos y lo acaricié con las yemas de los dedos. Conteniendo la respiración para que no se asustara, lo rodeé entre mis manos. Entonces, bien despacito lo acerqué a mi cara y lo llené de besos en la cabeza. Las plumas eran sedosas y sus ojos brillaban como dos diamantes.



–Hola lorito mío –le susurré emocionado–. ¿Cómo se llama? –pregunté.

–Todavía no tiene nombre. Es tuyo Felipe, ponéselo vos.

–Un nombre, un nombre... Pedrito, Perico, Peri... –murmuré dubitativo–. ¡Pericles! –dije de repente.

–Sí –pensé–, se llamará Pericles porque así empieza con “Pe” o sea, tiene algo parecido a mí, que me llamo Felipe que termina con “Pe”.

–¡Hola Pericles! –lo saludé–. ¿Cómo estás? ¿Te gusta el nombre que te puse? Yo te cuidaré.

–Prrrrrr.

–¿Vieron? ¡Me contestó! Le debe encantar llamarse Pericles. ¡Seguro!

–Bueno Felipe –propuso mamá. ¿Qué te parece si vamos a tomar el desayuno? Tenemos medialunas.

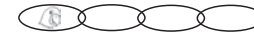
–¡Medialunas! –suspiré fascinado.

Era lo mejor que podría haber escuchado.

Medialunas, medialunas –repitió enseguida Pericles.

–¡Pericles habla! –aullé contentísimo–. ¡Guau! ¡Qué súper regalo! –me asombré llevándome las manos a la cabeza, sin poder creer lo que me estaba sucediendo.

Esa mañana me di cuenta de que es lo mismo cualquier fecha de cumpleaños, sobre todo si lo empezás con un buen desayuno y semejante regalo.



Capítulo 2

Desde que llegó Pericles a casa, las vacaciones se pasaron de un tirón.

Todas las mañanas, en cuanto me despertaba corría hasta el patio para dar a mi lorito el beso de los buenos días.

–Buen día Pericles. ¿Cómo estás hoy? ¿Cómo amaneciste? –Lo saludaba besándole la cabeza.

–*Buen día, buen día. Muak muak* –me respondía imitando el beso que mamá y papá me daban todas las mañanas.

Yo disparaba a la cocina a buscar mi desayuno y volvía enseguida al patio para compartirlo con él. Me divertía verlo pelar las semillas de girasol y picotear la fruta. Pero lo mejor de todo era su habilidad para repetir palabras y sonidos.

Claro que hay repeticiones y repeticiones.

Un día, le dio por repetir las canciones de Manolo, el mecánico de enfrente:

“*El día que me quieeeraaaaaas*” –cantaba Manolo a grito pelado.

Y, como si fuera un eco en la montaña, Pericles lo copiaba:

“*El día que me quieeeraaaaaas*”.